XAVIER CABELLO LAPIEDRA

LA REINA GITANA

MELODRAMA

en tres actos y cinco cuadros, en prosa

inspirado en una obra extranjera

MÚSICA DE LOS MAESTROS

LLEÓ y RODRÍGUEZ GALEA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1916

LA REINA GITANA

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CORAL	Carmen Andrés.
LUISA	Luisa Puchol.
DOÑA MARÍA	Juana Manso.
ARACELI	Dolores Vela.
ANGUSTIAS	Julia Galiana.
MOZA 1.ª	Mercedes Fernández.
IDEM 2.ª	Josefina García.
JULIO, comandante español	Severo Uliberri.
TAPIA	José Ontiveros.
PAREDES	Antonio González.
CORONEL AUBERTIN	Juan R. Bejarano.
CAPITÁN LECOMTE	Enrique Lorente.
PENANES	Ricardo Manso.
EL MARQUÉS DE TRUJILLO	Carlos Tojedo.
DON TITO, petímetre	Antonio Castañé.
CARTUCHERITA	José Mariner.
GABRIEL	Alvaro Rodríguez.
SALVADOR	Juan Cabello.
JOSÉ MARÍA	Emilio Moreno.
MERINDOL	Antonio Sánchez.
FRICOT	Fermín González.
PAPILLON	Fernando López.
UN SARGENTO	Javier Landa.
UN SOLDADO	Arturo Rey.
TOCADOR 1.º	N. N.
IDEM 2.º	N. N.
UN PETIMETRE	N. N.

Soldados franceses, paisanos españoles y coro general

La acción en 1808, durante la guerra de la independencia

Derecha e izquierda, las del actor



ACTO PRIMERO

Interior de un colmado en Andújar. En el foro, puerta de entrada; a la izquierda, también en el foro, ventana practicable. En el ángulo de la izquierda, colocado en forma esquinada, el mostrador con botellas, vasos, etc. En primer término izquierda, puerta practicable; en segundo idem derecha, puerta practicable; convenientemente repartidos por la escena toneles, pellejos de vino y demás enseres propios de esta clase de establecimientos, mesas y taburetes de madera. Al foro telón de calle

Al levantarse el telón, Araceli, dueña del colmado, mujer muy limpia, guapota, vistiendo traje apropiado a su condición y época, está traginando en el mostrador. Cartucherita, Gabrielillo, José María, Salvador y acompañamiento de hombres y mujeres, sentados en torno de una mesa, se sirven vino de un jarro que hay sobre la misma. Dos mozas bailan mientras cantan los demás. Por la puerta del foro entra Angustias, muchacha de unos veinte años, peinada con mucho esmero y vestida con suma pulcritud.

ESCENA PRIMERA

JOSÉ MARÍA, GABRIELILLO, SALVADOR, CARTUCHERITA, ANGUSTIAS, ARACELI y acompañamiento

Música

Car. A los olivaritos
voy esta tarde,
a ver cómo sus hojas
menea el aire.

Vente conmigo,
que si vienes, se me hace
corto el camino.

Todos — Corto el camino.
Vente conmigo,
que si vienes, se me hace
corto el camino.

Gab. — Esta noche ha llovido,
mañana hay barro,
cuatro pares de mulas
tiene mi carro.
Sube si quieres,
pa que el barro no ensucie
esos pinreles.

Todos — Esos pinreles.
Sube si quieres,
etc., etc.

Hablado sobre la música

Salv. — Olé por las mositas hasiendo encaje con los pies.

Otros — Déjala, que la *asaras.*

Toc. 1.º — Tú, Araceli.

Arac. — ¿Qué quieres?

Toc. 1.º — Cántate argo.

Arac. — ¿Estais mú artos?

Toc. 2.º — Serca der sielo.

Arac. — Pues allá va.

(Baile, palmas y mucha animación.)

Arac. — ¡Ay, mare, yo estoy malita!
¡Ay, mare, quizá me muera!
¡Ay, mare, que se ha marchao
el hombre que me camela!
Por él me muero,
y el pícaro se ha alistao
de guerrillero.

Todos — Por él me muero,
etc., etc.

Arac. — Va en un caballo alazán,
lleva retaco y canana
y acorreá en el arzón
una manta jerezana.
Y cruza la serranía,
y al verlo, dice la gente:

qué lástima de buen mozo
que lo maten los franceses.
¡Ah!
Ay, qué farta, qué farta me hase
que esté a mi lao,
y cómo echo de menos ahora
sus palabritas.
Cuando viendo sus ojos serranos
los comparaba
con la luz que en la noche despiden
las estrellitas.
Si me lo matan quizá me muera
porque es el hombre que me camela
y se ha llevao mi corazón,
y como muera, me muero yo.

Todos Ay, mare, yo estoy maldita,
etc., etc.

Hablado

Ang. Que Dios te guarde, Araceli. ¿Has tenido noticias de ese?

Arac. Ni siquiera un mal recao.

Ang. ¡Válgame la Virgen de las Angustias!... ¿A qué obedecerá ese silencio? Porque, a que me haya orvidao por otra no creo yo que sea...

Arac. Mujé, en plena Sierra y jugándose la vía ca minuto, no estará pa ponerte sustituta, ¡digo yo!

Car. Ah, ¿pero su novio de usté es guerrillero?

Ang. Guerrillero, hijo... y creasté que me tiene que ya no sé a qué santo encenderle lamparillas. Tó el dinero que entra en casa, es poco pa aceite.

Car. Pues si es guerrillero, no tenga osté pena, que no pué con él ni el mismo Napoleón.

Ang. ¿Ay, sí?... ¡Pues Dios se lo pague a osté!

Car. ¿Y osté por qué no?

Ang. Porque yo no estoy pa ná.

Car. Por verla a osté sonreir soy yo capaz de no dejar un francés desde Córdoba a la Mancha, ¡y cuidao que yo no sé de dónde salen tantos!

Gab. Paece que llueven.

Ang. A mí me ha pedío uno relaciones formales, pa casarse conmigo er mes que viene.

Arac. Pues como no lo adobes, me paece que pa er mes que viene se ha echao a perder.

Ang. Siempre que me ve me dice: ¡Viva tu *marre*, tu *parre* y el *curra* que te echó el agua!... y se tira de un bigotaso, que si lo tuviea en la coronilla, tenía que gastar peinaora.

ESCENA II

DICHOS y PENANES, tipo de hombre del pueblo, de unos cincuenta años de edad; es calvo completamente, trae el sombrero en la mano y entra agitado y convulso

Pen. ¡Agua!... ¡agua!...

Arac. ¡Tío Penanes!... ¿qué le ocurre?...

Pen. ¡Ay!... ¡ay!

Car. ¿Pero qué le pasa?

Pen. Dejarme respirá.

J. Mar. Eche osté un trago de vino. (Le alarga el jarro que hay sobre la mesa.)

Pen. (Echa un largo trago y dice sin soltar el jarro:) ¡Dios te lo pague! ¡Ya paese que me va saliendo er susto der cuerpo! (Echa otro trago.) ¡Cuidao que he corrío, Josú!... (Echa otro trago.) ¡Pero que siempre m'ha de pasar esto a mí!...

Arac. ¿Pero qué ha sío?

Pen. Déjame que me rejaga, mujé. (Vuelve a beber.)

Salv. Gachó, ¡que susto más grande ha debío ser!

Pen. ¡Terrible! Ya sabeis que ayer fuí a Higuerilla de Arjona, porque, aquí en secreto, estamos preparando un suterráneo que tó el tabaco de la Habana va a ser poco como nos sarga bien. (Bebe.)

Car. Y que tú conoces más la tierra por abajo que por arriba.

Pen. Bueno, pues de güerta, y al pasar el puente de Marmolejo, se me aserca un moscón negro y empiesa a revolotearme a dos deos de las narises. Sigo mi camino, y a media legua de aquí, en el recodo ese aonde empiesan los olivares der tío Barriga, me fijo en la cuneta der camino, y ¡ay!... ¡se me pusieron los pelos de punta! (Angustias mirándole la cabeza, que está como bola de billar.)

Ang. ¿Qué pelos?

Pen. Los de las patillas. ¡Sus digo que la lengua se me hizo un estropajo, los ojos se me extraviaron, como pa no encontrarlos más, y me entró un meneíllo por tó er cuerpo, que paesía que me habían hecho de gelatina.

Car. Apuesto a que era un francés.

Pen. Tú lo has dicho. Un francés, pero muerto... muerto y como su madre lo echó ar mundo francés.

Ang. ¿Y está entoavía allí?

Pen. Se fué en seguida... vamos... quiero desir que cuando yo estaba atontilao mirándolo. se presentó una patrulla de franceses, reparan en er muerto, reparan en mí, me trincan der pescueso, y antes de que pudiera valerme, me llevan delante der coronel Bertin o Albertin, o como se diga, acusao na menos que der asesinato der francés.

Arac. ¡Pobre Penanes!

Pen. Yo juré y perjuré que era inosente; dije de dónde venía, que era un hombre de bien, me puse de roíllas...

Salv. Y no te han fusilao, ¿verdad?

Peu. En eso no me he fijao bien... lo raro es que según le explicaban ar Marqués de Trujillo...

Arac. Ese afrancesao que Dios confunda...

Pen. Er mismo. Güeno; pues le desían que este era er noveno fransés que se encontraba muerto dende prinsipio de semana, ¡y estamos a martes!...

Ang. ¡Sí que es raro!

Pen. Pues hay más. Paese ser que tós los muertos tienen la misma hería y en er mismo sitio; un sablaso aquí, (Indica la cabeza.) salva sea la parte, y además, tós están así... como pa bañarse... ¿Eh?... ¿qué sus parese?... (Bebe.)

Car. ¡Sí que se merese er susto la cuartilla de vino que s'ha metío osté entre pecho y esparda!

Pen. ¡Pa asustarme yo que no m'asusto de ná en este mundo! ¡Porque hay que ver lo que es un fransés muerto y en cueros!... ¡Si ar menos le hubiean dejao er morrión!...

Arac. ¿Y qué más noticias trae oste de por allá?

Pen. Malas... muy malas. Los *franseses* han entrao en Córdoba. ¡Cuando yo sus digo que er moscón se las traía!...

Arac. Los que se las traen son los que mandan. ¿Pa qué tanto regimiento provinsial? ¿Qué hasen los contrabandistas de Villamanrique y de Pozo Halcón y de Sierra Morena? ¡Ná!

Ang. ¡Oye tú, que mi novio!...

Arac. ¡Tu novio como toos!...

Pen. ¡Chist!... O hablais más bajo, o me voy, por que a lo mejor las paredes oyen y... no el que yo tenga miedo a ná, pero...

ESCENA III

DICHOS, MERINDOL y FRICOT; son dos granaderos franceses: van de uniforme. Entran por el foro

Mer. ¡Tabernega!...

Fricot ¡Cantinega!...

Pen. ¡Malo, malo! (Retirándose a un rincón con los otros.) Estas vesitas no me gustan. Han podido dejar tarjeta y quedaban cumplidos.

Arac. Ustedes dirán.

Mer. Un botello de aguardiento.

Fricot Pego de forte.

Arac. (Yendo a buscar lo pedido al mostrador.) ¡De rejalgar os lo daría yo! (Les sirve.)

ESCENA IV

DICHOS, TAPIA y PAREDES. Son un soldado y un sargento de uno de los regimientos provinciales formados en aquella época. No llevan uniformes, vistiendo de aldeanos. Tapia trae debajo del brazo un envoltorio hecho con un pañuelo de hierbas. Paredes lleva dos sables en la mano. Por el foro

Tapia A la paz de Dios.

Par. Santos y buenos.

Ang. ¡Calla, si es Tapia!...

Pen. ¡Y Paredes!...

Música

Tapia

Aquí está Tapia
con tres arrobas
de corazón.

Parezco un hombre,
pero por dentro
soy un león.

Par. Y aquí Paredes,
el compañero
de este chaval.
Parezco un hombre,
pero por dentro
soy un chacal.

Los dos Que nos lleven en seguida
donde se halle un enemigo
y, en el acto, del pellejo
nos haremos un abrigo.
Que nos echen compañías,
que nos echen pelotones,
que nos echen regimientos,
que nos echen escuadrones.
Que nos cojan prisioneros
y después que se aprovechen
y nos echen lo que quieran,
lo importante es que nos echen.

Tapia ¡Voto a cuarenta bombas!

Par. ¡Voto a cien pepinillos!

Tapia ¿Quién quiere que le masque
los higadillos?

Par. ¿A quién le doy un tiro?
¿A quién le salto un ojo?
¿A quién le dejo seco,
manco o cojo?

Tapia Aquí está Tapia
con tres arrobas
de corazón.

Par. Y aquí Paredes,
el compañero
de este león.

Los dos En la pelea soy un chacal,
no lo hay más fuerte ni más cabal.

Hablado

Tapia (Alargándole el bulto a Araceli.) Toma, buena moza, pon este con los otros y ten cuidado de no estropearlos.

Par. (Dando a Araceli los sables.) Y ahí va ese par de agujas de hacer media.

Arac. Ha caído trabajo, ¿eh?

Tapia (Con naturalidad.) ¡Bah!... Nunca falta. (Araceli entra con el paquete y los sables en la primera izizquierda. Volviendo a salir sin ellos.)

Ang. ¿Y el perro?

Tapia ¿Quién, Currito?... Se habrá quedao ahí fuera. Habrá olido algún fransés y como los quiere tanto... Desde que lo dieron un sablaso en donde los barcos llevan el timón... es que delira por ellos.

Mer. ¿Eh?... ¿Quién habla de los franceses?...

Tapia Nada, monsiú... es... un perro que tengo, que los quiere a ustedes con locura y como media Andalucía está asolada y hay mucha hambre, mi Currito se va con ustedes, y unos le dan pan, otros rancho, otros pavo trufau... y casi siempre saca tajá, ¿verdad? (A Paredes.)

Par. Como él vea a un francés no se viene sin su tajá correspondiente.

Tapia Claro, el animal está agradecido y por eso en cuanto ve a uno de ustedes, se va derecho...

Par. Y hasta que se lo come.

Tapia A caricias.

Par. Al principio parece que va a morder, pero estándose quieto, como si no.

Tapia Como si no estuviera. ¡Es una alhaja!

Mer. Te lo propongo para un ragout.

Fricot Que se lo coman ellos, a nosotros nos sobran provisiones.

Par. (Bajo a Tapia.) ¿Oye usted, mi sargento?... Se quieren comer al perro...

Tapia Déjalos, puede que sea vice-versa. (En este momento se oyen fuera fuertes ladridos de perro y gritos de socorro mezclados con gran escándalo.)

ESCENA V

DICHOS, EL MARQUÉS DE TRUJILLO, DON TITO, PAPILLON soldado francés, por el foro

Pap. ¡Que sujeten ese pego, que me devoga!...

Marq. (En el dintel de la puerta.) ¡Pegarle un tiro!

Tapia ¡Ya está acariciando a un francés!..

Marq. ¡Esto es indigno!

Tito ¡Vergonzoso!

Tapia (Asomándose a la puerta.) ¿Pero cómo es esto?...

¿No has reparado que es un francés?... ¡Tú que los quieres tanto!... (A Papillon.) Perdone usted soldado... ha sido una equivocación.

Marq. ¡Pues es una gracia! Cuando se tiene un perro salvaje se le ata o se le pone un bozal. Ya puede usted darle una satisfacción al soldado.

Tito El Marqués de Trujillo lleva razón.

Tapia ¡El Marqués de Trujillo!...

Ang. (A Tapia. Aparte.) Sí, un afrancesado.

Tito Hay que matar al perro.

Franceses ¡Que lo maten! ¡A mataglo!...

Par.. (A Tapia. Aparte.) Pero, sargento, ¿cómo aguanta usted esto?

Car. (Idem.) ¡Aquí estamos nosotros dispuestos a to!

Pen. ¡Yo ya sabes que no m'asusto de ná!

Tapia ¡Calma! (Alto.) Señores, yo prometo que en castigo de lo que ha hecho, lo tendré dos días sin comer.

Marq. (Burlón.) Vamos, ya veo que la prudencia es la norma de estos bravos campesinos que iban a echar de España al enemigo a pedradas.

Tito ¡A pellizcos! (Ríen todos.)

Par. (A Tapia.) ¡Sargento, que yo no le aguanto esto a ese langostino!...

Tapia ¡Calma, hombre, calma!

Marq. Señores franceses, me vería muy honrado si aceptasen ustedes beber conmigo.

Mer. ¡Oh!... aceptado.

Tito (Burlón.) Y conmigo. Brindemos por la mansedumbre de estos pobres campesinos.

Salv.
Car. ¡Maldita sea!...
Pen.

Tapia (Adelantándose y encarándose con Merindol.) Un momento. ¿Quiere usted hacerme el favor, mesieure?

Mer. ¿Es a muá? (Se levanta.)

Tapia (Muy galante.) A suá. (Saca del bolillo una cinta métrica como las de los sastres y le dice a Paredes.) Tú, muchacho, apunta. (Paredes saca un lápiz y un papel. Tapia comienza a tomar medida a Merindol.) Veintiséis... veintiocho...

Mer. ¿Pego qué significa?...

Tapia (Siempre amable.) Perdón... Cuarenta y cinco... Catorce... Diez y siete... (Paredes apunta.)

Mer. (Furioso, quitándole la cinta y tirándola al suelo.) ¡Basta!... ¡Esto es ridículo!...

Tapia (Arrollando con calma la medida y guardándosela.) Es muy sencillo, mesié. Yo pienso poner pasado mañana un portalillo de sastre y le he tomado a usted medida, porque como probablemente dentro de un rato le abrirán a usted un agujero en el uniforme, me consideraría muy honrao con hacerle el arreglo.

Par. (Muy galante.) Y yo el agujero.

Tapia Precios baratísimos.

Par. Corte esmerado.

Tapia (A Parede) ¡A ver si te callas!... (A Merindol.) El señor es el aprendiz.

Mer. Bien. ¿Eso qué quiere decir?

Tapia Pues quiere decir que yo tendría mucho gusto en convidarle a usted solito a beber ahí fuera... a unos cinco minutos de camino...

Mer. Ningún soldado francés rehusa un convite parecido.

Tapia No esperaba yo menos de usted. (A la tabernera.) Tú... Araceli. (Indicando sables.)

Arac. Entendido. (Entra en la primera izquierda, saliendo en seguida con los sables que ent ó antes.)

Marq. (Alarmado.) Aquí va a haber sablazos.

Tito Sí, mejor es que nos marchemos.

Marq. Tal creo.

Tito Muy buenas. (Vanse los dos por el foro.)

Arac. (Que entra con los sables, viendo salir al Marqués y a don Tito.) Adiós, señor Marqués... Adiós, don Tito... y no se asusten ustedes, que en la casa hay éteres...

Mer. (A sus compañeros.) Espérenme en el retén. (A Tapia.) A vuestra disposición.

Tapia Soy de usted afectísimo. (A Paredes.) Tú, coge mi sable. (Paredes coge uno de los sables.) Señores... (Saludando.) Hasta luego. (Vanse por el foro los tres franceses y Tapia y Paredes.)

Arac. A este Tapia el mejor día le ocurre una desgracia.

Ang. ¡Es tan temerario!

Car. Vamos tóos detrás por si acaso.

Arac. No, ya sabéis que se enfada. Si queréis enteraros de lo que pase, esperarle ahí dentro.

Salv. Bueno.

Pen. Ya sabéis que no m'asusto de ná. Si queréis... pero me parece mejor que le esperemos aquí.

ESCENA VI

ARACELI, JULIO, foro derecha, vestido de paisano

Julio (Entrando. Pausa.) Buenos días, Araceli.

Arac. ¡Señorito Julio!... ¡Qué imprudensia!... ¡Venir a Andújar que está copá por los fransesesl... Si le reconocieran a osté se perdía de fijo.

Julio Tranquilízate; no me reconocerán, y además espero que nuestros enemigos no estarán aquí mucho tiempo.

Arac. Entoavía quean valientes que no tienen miedo. Pero en cambio hay algunos como el Marqués de Trujillo, que quemaos y aventás sus cenizas no pagaban. Ayer, sin ir más lejos, fusilaron a don Pedro por ná... ¡porque se entusiasmó hablando de su campaña en Zaragoza! y el mejor día a Tapia y a Paredes les ocurre lo mismo, a pesar de la precausión que han tomao de fingirse paisanos pasíficos.

Julio ¿Están aquí?

Arac. Están aquí aguardando la ocasión de incorporarse al Regimiento Provisional de que forman parte. Tapia, como sargento y el otro como soldado. Por cierto que me extraña mucho una cosa.

Julio ¿Cuál?

Arac. Hase algún tiempo que Tapia me trae unos paquetes misteriosos con encargo de que se los guarde. El otro día me picó la curiosidá, desenvolví uno, ¿y qué dirá osté que era?

Julio ¿Qué?

Arac. ¡La cosa más extraordinaria!.. ¡Un uniforme completo de sordao fransés!

Julio Sí que es raro, ¿y no le has preguntado?...

Arac. Claro que sí, pero él me respondió: «Niña,

¿tú sabes por qué Jesús se le aparesió primero a las mujeres?» ¿Por qué? le dije yo. «Pues porque tenía interés en que lo supiese tóo el mundo; de modo que a callar, y otra vez sé menos curiosa.»

Julio ¿Y doña María, sigue aquí?

Arac. Sí; quería volver a Córdoba, pero una desgrasia se lo impidió.

Julio ¿Una desgrasia?

Arac. ¡Pobre señora! ¡Sin duda no era bastante la pérdida de su hija, sino que ha sido presiso que el Señó la retirase la vista!

Julio ¡Ciega!...

Arac. Ciega, sí. Estaba mu malita cuando llegó aquí; pero ya marcha mejó. Allí viene. (Mira por la ventana hacia la derecha.)

Julio (Mirando por la ventana también.) ¿Quién la acompaña?

Arac. Su ángel salvador, como ella la llama; una gitana que er Coronel de los franceses ha puesto a su lao desde er día en que... ¿pero no sabe osté ná de esto?

Julio ¿El Coronel de los franseses?... ¿Una gitana?... No conozco esa historia.

Arac. Ella se la contará mejó que yo.

ESCENA VII

DICHOS, CORAL y DOÑA MARÍA, foro derecha

Coral, que saca del brazo a doña María, es una gitana joven y agraciada, vestida con el traje característico de las mujeres de su raza. Doña María es una anciana simpática que viste traje negro. Es ciega

Coral Ya hemos llegao, señorica.

Julio (Fijándose en Coral.) Es una fisonomía extraña, pero bonita, en medio de su aspecto salvaje.

Coral (Aparte.) ¿Por qué me mirará ese moso juncal asín tan clavao?...

Arac. Venga osté, doña María, venga osté a abrazar a un antiguo amigo.

María ¿Un amigo? ¿quién?

Arac. Al comandante don Julio Mendoza.

María (Alegre.) ¿Usted, hijo mío?

Coral (Aparte.) ¡El comendante Mendoza!...

Julio (Abrazándola.) ¡Mi buena doña María!...

Arac. Mientras ustés hablan voy a darle un vistaso a la olla. Señorito Julio, ya sabe osté que dispone de toa la casa.

Julio Gracias, Araceli.

(Mutis de Araceli por la izquierda. María y Julio se sientan. Pausa.)

María ¿Qué ha venido usted a hacer aquí, imprudente?

Julio Vengo... (Le habla al oído.)

María ¿De veras?... ¿Y qué piensan?...

Julio ¡Chist!... tenga usted cuidado.

María ¿De qué?

Julio Esa gitana que venía con usted nos observa.

María ¿Coral?.. Ah... es incapaz de traicionarnos.

Julio No se fíe usted. Esos vagabundos están casi todos vendidos al dinero enemigo. Todas sus vanguardias llevan gitanas y gitanos. El paso por Despeñaperros no se concibe sin guías que conozcan bien el terreno. Aléjela usted.

María Coral.

Coral Señorica.

María Di a Araceli que te de papel y tintero para escribir; anda.

Coral Aseguía. (Aparte. Haciendo mutis por la izquierda y mirando a Julio.) ¡Cómo me clava los ojos!... ¡No sé qué me pasa que no pueo aguantar su mirá!...

María ¿De modo que viene usted?.,.

Julio De Sevilla y de Córdoba. La Junta de Sevilla ha formado un ejército con las tropas de San Roque, que manda Castaños, y las de Granada, que manda Reding.

María ¿Pero y Córdoba, Julio, saqueada por el enemigo?

Julio Tenga usted esperanza en Dios, doña María; el entusiasmo crece, y hoy puede decirse con razón, que donde hay un español, sea de la clase que fuere, hay un soldado.

María ¿Pero se opondrán al avance de Dupont?

Julio Algo más piensan... ¡Chst!...

María ¿Qué pasa?

Julio La gitana.

(Entra Coral con el tintero y la pluma de ave.)

Coral Aquí está lo que me pidió.

María Gracias, Coral. (A Julio.) Con permiso de usted... en seguida reanudaremos nuestra conversación. (A Coral.) Siéntate y escribe.

Julio ¿Pero sabe escribir esta gitana?

Coral (Sentándose junto a una mesa.) Malamente, señorico, pero argo sé. Allá entre los míos pasaba yo por leía y escribía, y quizá eso y er que no les parecía feílla de to, fuese er motivo de que m'achacasen er mote que m'han achacao.

María La llaman «La Reina Gitana».

Julio ¡Hola, hola!... Realmente eres de lo mejorcito que yo he visto entre esa leva.

Coral ¿De veras le parezco asté bien?

Julio Por de pronto observo que no tienes ese aspecto repulsivo de otras gitanas.

Coral Ea, pues que un divé se lo pague asté, y coste que er señorico también es un mozo barbi.

María (Riendo.) ¿Te gusta mi amigo, eh?

Coral ¿A quién no le gusta lo güeno?

María Anda, anda, escribe. «Señor Coronel Aubertin».

Julio ¿Aubertin?... ¿El Jefe de los franceses que ocupan este pueblo?

María El mismo. Mi protector.

Julio ¿Vuestro protector ese hombre?

Coral El coronel es güeno.

María Tienes razón al defenderle, Coral. Don Julio se equivoca. El coronel es el mejor y el más generoso de los hombres. Cuando tomaron cuerpo los rumores de que Córdoba iba a ser tomada por el enemigo, cometí la imprudencia de ponerme en camino con mi hija Luisa.

Julio ¿Luisa?

María Luisa, con quien jugaba usted en su infancia, de quién usted se separó siendo tan niño. Pues como le decía, cometí la imprudencia de ponerme en camino. ¡Bien me pesó! Cerca de este pueblo, fuimos asaltadas por una columna enemiga; mis criados quisieron defendernos, se entabló la lucha, hubo un

momento en que vi brillar un sable sobre la cabeza de mi pobre hija, escuché un grito... después no sentí nada... caí al suelo, desvanecida, casi muerta.

Julio ¡Pobre señora!

María Cuando volví en mí, estaba en la casa que ocupo en este pueblo; una gitana me prodigaba sus cuidados, un hombre entró preguntando con interés por mi salud... el hombre era el coronel Aubertin, la gitana, Coral. Supe que el coronel había evitado con su presencia que los invasores hicieran conmigo lo que con mis criados. En cuanto a mi hija, había desaparecido.

Julio Es inconcebible que un hombre como el coronel...

María Pero es cierto, por desgracia, amigo Julio. Al otro día, el coronel salió a operaciones, se despidió de mí jurándome que encontraría a mi hija, y me dejó a mi lado esta gitana, que ha tenido para mí las mismas ternuras y el mismo interés que pudiera tener una hija cariñosa.

Coral No digasté eso, señorica, yo no he jecho na...

Julio (Observándola. Aparte.) ¡Es singular!... parece que los elogios la molestan, y que el reconocimiento de la pobre madre la contraría. (Alto.) ¿Pero y Luisa?

María Muchos días pasaron sin tener noticias suyas. Por fin una tarde, Coral me trajo una carta del coronel. Al recorrer sus primeras líneas, tuve un desvanecimiento doloroso... ¡Leí que mi hija había muerto!... dudando, sin embargo, del testimonio de mis sentidos, recogí la carta que cayó en tierra, traté de leerla nuevamente.. ¡imposible!... mi vista se oscurecía cada vez más... la luz cesó de penetrar en mis ojos debilitados por las vigilias y las lágrimas...

Julio ¡Ciega!...

María Ciega. Ya conoce usted todo lo que he sufrido; por eso al saber que el coronel estaba nuevamente en Andújar, he querido escribirle para darle las gracias; pero usted no me reprochará...

Julio ¡Reprocharla!... ¡Nunca!... Pero... en fin... no sé, no sé... (Julio se aparta.)

María Continúa, Coral. (Coral escribe.) «Escribo a usted, mi buen amigo, para darle una vez más las gracias por lo que ha hecho por mí. ¡Ojalá que así como salvó usted la vida de esta pobre mujer, hubiese podido salvar la de mi pobre Luisa!...» ¿Escribes?...

Coral (Algo turbada.) Sí, sí, señorica...

María (Dictando.) «Un último favor voy a pedirle: que me proporcione todos cuantos detalles haya conocido de la muerte de mi querida hija.»

Coral Ya está.

María (Levantándose.) Anda, colócame tú la mano donde he de firmar.

Coral (Mira furtivamente hacia donde está Julio, y aprovechando el momento en que éste se enjuga a hurtadillas una lágrima, guarda la carta que acaba de escribir y la sustituye con otra que saca del bolsillo y que pone ante doña María) Aquí, señorica.

María Dios te lo pague. (Firma donde Coral la indica.)

ESCENA VIII

DICHOS, TAPIA, PAREDES, foro izquierda, que trae el sable debajo del brazo. ARACELI, PENANES, CARTUCHERITA. GABRIEL y SALVADOR. Después el MARQUÉS DE TRUJILLO, DON TITO, PAPILLON, FRICOT y OTRO petimetre. Salvo los personajes que salieron antes por la izquierda y que entran por el mismo sitio, los demás entran por el foro

Tapia ¡A ver!... ¿Dónde está la dueña?...

Arac. (Sale seguida de todos los que entraron.) ¿Qué se ofrece?... ¡calla, si es Tapia!...

Tapia (Dándole el envoltorio a Araceli.) Ahí va. Con éste son once; en cuanto te entregue la docena me establezco.

Par. I'a entonces guárdeme usted también esta aguja.

(Araceli coloca ambas cosas detrás del mostrador.)

Pen. ¿De modo que er fransés?...

Tapia (Displicente.) Le acabo de extender un pase de libre circulación pa el infierno.

Par. Y dependencias del citado establecimiento.

María (A Julio.) ¿Quiénes son?

Julio Amigos, de los buenos. Dos hijos de Madrid que valen lo que pesan. Tapia y Paredes.

Tapia (Acercándose a Julio después de haber hablado un momento con Araceli. Mirando a Julio.) Mi comandante, (Al mismo tiempo.) ¿quiere usted beber con nosotros?

Julio Siempre que me dejéis pagar no hay inconveniete. Tú, Araceli, sírvenos de beber.

Arac. Lo mejor de la casa es pa ustés. (Les sirve.)

(El Marqués de Trujillo, por el foro, seguido de todos los demás personajes.)

Marq. Entre, entre sin temor, soldado... Todos nosotros somos franceses de corazón, ¿verdad?

Afran. ¡Todos!

Tito Todos somos...

Marq. ¡Eh, muchacha, sírvenos de beber!

(En este momento se escucha fuera, un poco distante, una marcha fúnebre ejecutada por música militar, que irá poco a poco oyéndose más cerca.)

Pap. ¿Qué es eso?

Arac. (Mirando por la ventana.) Es el entierro de un militar español, de un bravo que ha muerto a consecuencia de las heridas que recibió en el campo de batalla combatiendo contra los invasores de su país.

Marq. (Con desprecio.) ¡Un loco!

Tito ¡Un suicida!...

Marq. Vamos, señores, bebamos a la salud del difunto.

(Todos los franceses y afrancesados ríen a carcajadas.)

Julio (Levantándose airado.) ¡Canallas!...

Todos ¿Eh?...

María ¡Por Dios, Julio!...

Tapia Me parece que no lo han oído bien... con su permiso. ¡Sinvergüenzas!...

Marq. ¿Qué dice usted?

Par. Verán ustedes cómo a mí me entienden. ¡Guarros!

Tito ¡Qué atrevimiento!

Marq. ¡Esto es indigno!

Julio Lo indigno es que personas como ustedes, que han nacido en España, hagan causa

común con el enemigo, insultando los despojos de un viejo soldado. Ustedes no son dignos de llamarse españoles, ni son capaces de afrentar la cólera de este puñado de hombres de corazón. ¿No responden, verdad?... ¡Estaba seguro!... ¡Fuera esos sombreros!... (Los demás se descubren.) ¡De rodillas!... (Los guerrilleros avanzan amenazadores hacia el enemigo. Estos se arrodillan lentamente.) ¡Inclínense ante el valor que pasa!

(Quedan todos arrodillados mirando al foro, menos los soldados franceses que se cuadran y saludan militarmente. La música se va acercando.)

Coral (Aparte. Mirando a Julio con admiración.) ¡No me había engañado!... ¡es un mozo cabal!...

(Se ven asomar por la ventana las primeras figuras del cortejo fúnebre y cae el telón. Música.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

La escena representa el salón del Ayuntamiento de Andújar, edificio que, por los azares de la guerra, sirve de alojamiento al Coronel Aubertin. A la derecha del actor habrá una mesa grande sobre una tarima de madera, con sillones a su alrededor. Sobre la misma, y en el muro que será todo liso, un retrato del rey Fernando VII, ornado con dosel. Derecha, primer término, puerta: en los demás huecos de la habitación, bancos de madera tapizados. En el centro del foro, puerta de entrada con un montante en la parte superior; el marco del cristal de este montante será practicable y podrá abrirse girando sobre sus visagras. Una puerta en el primer término izquierda de frente al público. En el primer término, una mesa, con restos de comida, platos y algunas botellas que deberán ser de cristal blanco, estando una de ellas mediada de vino. Sillas delante de la mesa y en algún otro hueco de la escena que ofrezca espacio para ello. Es de día.

ESCENA PRIMERA

LUISA, sale por la puerta izquierda frente al público, corriendo desolada, como si huyese de alguien. Inmediatamente después, JULIO sin sombrero, con el traje en desorden y en la frente alguna mancha roja, imitando sangre, que se enjuga en seguida con el pañuelo

Luisa (Saliendo.) ¡Socorro... socorro!...

Julio (Corriendo tras ella, y con una voz suplicante.) ¡Señora, por Dios!... Quien quiera que usted sea, es española y no querrá entregarme a los enemigos de nuestra patria.

Luisa Pero... usted...

Julio Yo no soy un malhechor como es lógico haya usted supuesto, al verme saltar por la ventana... yo la explicaré todo... pero al menos, permítame que descanse un minuto... (Hablando fatigosamente.)

Luisa Explíquese... ¿Cómo está aquí? ¿Quién le ha herido?

Julio Escúcheme. Ayer en uno de los colmados del pueblo, varios hombres que se llamaban españoles, para vergüenza de España, se permitieron cierta broma de mal género al pasar el entierro de un militar español. Mi sangre de soldado se reveló y les obligué a descubrirse y a hincar la rodilla en tierra... (Fatigado.) Perdone usted... me falta aire... se me seca la boca...

Luisa ¡Dios mío!... si yo pudiese... (Va a la mesa, toma una botella de agua que habrá en ella, sirve un vaso y se la ofrece.) Tome usted... beba...

Julio ¡Dios se lo pague!... (Bebe.) Pues bien, aquellos cobardes que no se atrevieron entonces a resistirse porque un puñado de buenos patriotas estaban conmigo, me esperaron hace poco en una encrucijada, me atacaron villanamente... eran muchos... yo, solo... falto de fuerzas, huí... me siguieron... Aprovechando la poca altura de la tapia que rodea esta casa, salté al corral, ví la ventana abierta, y ante el temor de que me alcanzasen, subí a ella, me encontré con usted... y esto es todo.

Luisa ¿Pero usted ignora entonces donde se ha refugiado?

Julio No sé más que en mi refugio hay una mujer española y esto equivale a decir que no he podido encontrar mejor albergue.

Luisa Sí, pero una mujer española que... sépalo usted, esta Casa Consistorial es el alojamiento del coronel Aubertin, jefe de las fuerzas francesas que ocupan Andújar.

Julio ¿Del coronel Aubertin?... ¿entonces usted?...

Luisa No se trata ahora de mí... mi presencia en esta casa es muy larga de contar y se perdería un tiempo precioso que usted necesita... ¿pero cómo salvarle?... ¿por qué medio?

ESCENA II

DICHOS. CORAL por el foro con misterio

Coral Yo lo salvaré.

Luisa ¡Coral!...

Julio ¡La Reina Gitana!...

Coral Sí, yo le salvaré... pero ahora ocúltese en seguida... los jefes van a llegar... cuando esté tóo prèparao, ya le avisaré.

Luisa Entre usted ahí. (Indicando la puerta derecha.)

Coral Y osté también, señorica, váyase a su cuarto, que no sospechen na.

Julio Si no vuelvo a verla, sepa usted que mi gratitud...

Coral (Apremiándole.) ¡Menos jonjanas y adentro, o se pierde tóo. (Julio entra por la derecha.)

Luisa ¡Sálvele! (Vase por la izquierda, frente al público.)

ESCENA III

CORAL, luego, CORONÉL AUBERTIN y CAPITAN LEÇOMTE, por el foro izquierda

Coral ¿Coral, qué vas a jasé?... ese mosito se t'ha metío dentro del corasón... te va a envenenar la vía... ¡Coral... déjalo que lo cojan, que se lo lleven, ande no lo veas tú nunca más... que lo afu... ¡no!... eso no... matarlo no!... que juya... que se vaya lejos... ¡lejos! ..

Cor. (Entrando foro.) Ya lo sabe usted, capitán, con las contemplaciones no conseguiremos nada.

Coral ¡Los jefes! (Aparte. Queda en actitud humilde.)

Cor. La guerra es así. (Viendo a Coral.) Hola... ¿qué haces aquí?

Coral Venía a traerle lo que me encargó.

Cor. Ah, ¿la carta?

Coral (Sacando una carta.) Aquí está: firmá por la misma persona y con su mesma mano.

Cor. (Tomándola y hojeándola.) Está bien; este servicio tendrá su recompensa. Ahora, déjanos solos.

Coral ¿No me necesita pa na el señor?

Cor. ¡Que te vayas te digo! (Mutis de Coral por el foro derecha.)

Cap. ¿Qué le pasa a usted, mi coronel? le veo preocupado. ¿Aún no le ha ganado usted la batalla a la españolita?

Cor. ¿Sabe usted lo que le digo, capitán? Que si las fortalezas españolas estuviesen hechas con los corazones de sus mujeres, aún no habríamos pasado de los Pirineos.

Cap. Permítame usted que juzgue la comparación un poco exagerada. ¡Sin querer, nos vamos haciendo andaluces!

Cor. No lo crea usted.

Cap. ¿Pero tan enamorado está usted de ella?

Cor. Más aún, estoy loco.

Cap. Loco es preciso estar para hacer lo que usted hace. El azar de la guerra pone en su camino a una linda muchacha y a su madre; la agrada a usted y la guarda, haciéndole creer a su madre que ha muerto. En cambio a la hija la dice usted que su madre existe y que pronto la verá. ¿A qué esta novela? Yo, con todo el respeto debido, me atrevo a aconsejar a usted que abandone ese camino y vuelva a la realidad. ¿Le gusta a usted? ¿La tiene usted en su poder? ¿Pues qué espera?

Cor. ¿Y cree usted que no he intentado ese camino que me señala? Pues lo intenté, pero inútilmente. Con mujeres como Luisa nada se consigue con la violencia. Por eso he urdido esa fábula que a usted le extraña; por eso hago creer a la hija que todos mis desvelos no tienen otro objeto que cuidar a su madre y procurar que pronto se reuna con ella. Así al menos, tengo un agradecimiento, y ya sabe usted que el agradecimiento es un primer paso para el amor, y he aquí ese primer paso. (Le da la carta que le entregó Coral.)

Cap. (La recorre con la vista rápidamente.) ¡Magnífico!... ¡Es un plan digno de nuestro Emperador! Por lo que veo, esa gitana engaña a la madre y a la hija al mismo tiempo.

Cor. Es un instrumento de guerra, sencillamente.

Cap. Ahora le reconozco a usted, mi coronel.

Cor. A propósito, voy a dar unas órdenes.

Cap. Si usted me necesita...

Cor. No; he de darlas personalmente. Mientras tanto vaya usted revisando estos despachos, y apárteme los que merezcan la pena. (Le entrega varios papeles.)

Cap. Bien, mi coronel. (Vase el Coronel por la izquierda. El Capitán se sienta ante la mesa y empieza a examinar los partes.)

ESCENA IV

El CAPITÁN. En seguida, TAPIA y PAREDES, con gabanes o capotes algo deteriorados, foro

Tapia (A Paredes.) Pasa, hombre... no te alicortes.

Cap. (Volviéndose.) ¿Eh?.. ¿Quién?... ¿Qué quieren ustedes?

Tapia (Descubriéndose, así como Paredes.) Usté perdone... ¿Mi capitán es el capitán ayudante, ¿verdad?

Cap. Sí.

Tapia (A Paredes.) ¿Lo estás viendo?

Cap. Bueno, ¿y qué buscan ustedes?

Par. Pues verá usted, mi capitán...

Tapia ¡Chst!... tú te callas... tú no tienes categoría ni estudios, pa hablar con el señor. Eso es cosa mía.

Cap. Acaben de una vez.

Tapia Pues bien. (A Paredes.) Fíjate. (Al Capitán.) Excelentísimo señor. (Haciendo una reverencia cómica.) Nosotros somos dos pobres diablos muy conocidos en el mundo acrobático de esta región.

Cap. Ah, vamos, ¿sois titiriteros?...

Tapia Yo no sé a punto fijo lo que somos, mi capitán.., verá usté.. somos... somos viernes y desde el miércoles no hemos comido.

Cap. (Aparte.) ¡Pobre gente!... ¿ qué deseais?

Par. Todo el cocido posible.

Tapia ¡Que te calles!... Pues deseamos un permiso, para poder ejercer nuestros curiosos trabajos, ora en la plaza pública de este heroico pueblo, ora en el campamento francés.

Par. Pero más ora en el campamento.

Tapia ¡Y dale!

Par. Hombre, yo lo decía porque los señores aprecian más nuestro selecto trabajo, y lo pagan mejor.

Cap. Pero en resumen, ¿ustedes qué son?

Tapia Artistas recreativos al aire libre.

Cap. ¿Y qué clase de trabajo hacen ustedes?

Tapia Lo hacemos todo. Equilibrios, canciones...

Par. Tenemos una gran variedad.

Tapia Para que mi capitán lo aprecie mejor, vamos a hacer el número que estrenamos el otro día...

Música

Tapia Chupa Luisa caramelos,
que son de Oporto.

Par. Y su novio también chupa
y calzón corto.

Tapia Chupa Antonia caramelos,
de menta y fresa.

Par. Que la compra un primo suyo;

Los dos ¡Chúpate esa!

—

Tapia Anda loco Gumersindo
por Teodora.

Par. Y su novio anda escamado
porque la adora.

Tapia Mientras ella anda en jolgorios
que es una pena.

Par. Con un chico que anda cojo.

Los dos ¡Anda morena!

Hablado

Cap. ¿Si no es más que eso?...

Tapia ¡Ah!... Tenemos el número de atracción... el número científico. Yo tengo en los ojos, aparte de un poco de humor herpético, una corriente magnetizadora de gran potencia, y duermo a éste cuando le miro muy fijo, y le obligo a hacer todo lo que me da la gana.

Cap. (Riendo.) ¡Es gracioso!

Tapia Ah, ¿lo duda mi capitán?... pues con verlo

basta... (A Paredes.) ¡Sujeto... mírame! (Paredes se queda mirándole muy fijo.) Ya casi está... este es, dentro del campo magnético, lo que se llama un apreciable sujeto... ya está.. ahora le voy a ordenar que haga todo lo que yo pienso. (A Paredes.) ¡Sujeto!, ¿qué es lo que estoy pensando?... (Paredes marcha muy tieso, como dormido, y se acerca a la mesa donde están las botellas.) ¡Magnífico!... eso es.. yo cogería ahora una botella. ¿Pero qué botella cogería, vamos a ver?... (Paredes va cogiendo una o dos botellas, las agita y al ver que están vacías las deja. Toma la única que está mediada y la conserva en la mano.) Muy bien. Yo habría cogido esa precisamente. Tráemela. (Paredes se la lleva.) Bueno, vuélvete de espaldas. (Paredes obedece escamado.)

¿Qué es esto? (Levantando la botella.)

Par. Una botella. (Con voz cabernosa.)

Tapia ¿Y qué tiene dentro?

Par. Vino.

Tapia ¿Pero qué clase de vino?

Par. Manzanilla.

Tapia Voy a ver si ha acertado. (Bebe un trago largo.) Pues no se ha equivocado ni tanto así... manzanilla y de la buena... ¿ha visto usté qué gran sujeto es?

Cap. ¡Ya, ya! (Riendo.)

Tapia Sujeto, ¿ves lo que estoy haciendo ahora? (Bebe.) Responde... ¿ves?... (Bebe.)

Par. Ni gota.

Tapia ¿Cómo que no?

Par. ¡Que no vas a dejar ni gota!

Tapia Eso a ti no te importa; pa eso estás dormido.

Par. Sí, pero ya sabes que al despertar me gusta un traguito...

Cap. Bueno, basta. No creo que con esas tonterías saquen ustedes gran cosa de nuestros soldados.

Tapia Pa malamente comer; por eso si el señor capitán fuese tan amable... (A Paredes.) ¡Tú... despierta!... (Paredes se despereza bostezando.)

Par. Bueno, pero dame el desayuno... (Tapia le da la botella y Paredes bebe lo que resta.)

Cap. Bien. Esperen aquí, que yo hablaré con el

coronel y no creo que tenga inconveniente en facilitarles el permiso que desean.

Tapia ¡Un millón de *mersis!*

Par. Agradecidísimo, y si el señor capitán quiere una localidad pa la inauguración, debutaremos primero en la plaza, junto a la fuente.

Tapia Los palcos están todos abonados.

Cap. (Riendo.) Bien, bien... vengo en seguida. (Hace mutis por la izquierda.)

ESCENA V

TAPIA y PAREDES

Tapia Paredes.

Par. Mi sargento.

Tapia ¿Qué te parece nuestra nueva profesión?

Par. Que mientras no sea más que dormir, no es mu cansada... Ahora que si llega usted a decir que soy gimnasta y me obliga usted a dar un salto mortal... a estas horas está usted solo.

Tapia ¿Por qué?

Par. Porque si yo doy un salto... es mortal, no le quepa a usted duda.

Tapia Bueno, a lo nuestro, que el tiempo apremia. El comandante, según noticias, se ha refugiado en esta casa Ayuntamiento, ocupada por el coronel de las fuerzas enemigas. Hay que salvar, por lo tanto, al comandante del peligro que corre.

Par. Por de pronto, con el pretexto de pedir un permiso para funcionar como artistas, estamos dentro.

Tapia Y por lo pronto, mientras viene o no viene el salvoconducto, vamos a echar una ojeada por la casa.

Par. ¿Y si nos sorprenden?

Tapia Si nos sorprenden... ya veremos... No te amilanes y acata mis órdenes. (Vanse por el foro cerrando la puerta.)

ESCENA VI

LUISA, por la izquierda; después el CORONEL y el CAPITÁN, por la izquierda. CORAL, por el foro; después JULIO, por la derecha

Luisa (Saliendo.) ¿Habrá cumplido su palabra la gitana?... ¿Le habrá salvado?... Si el coronel le encuentra en esta casa no tendrá piedad de él.. (Sale Coral por el foro derecha.) Ah, Coral... ¿qué, salió?...

Coral Aun no. (Por la izquierda el Coronel y el Capitán.)

Cor. (Buscando con la mirada a Tapia y Paredes.) ¿Dónde están?

Cap. ¡Pues se han marchado!...

Cor. (Viendo a Luisa.) Ah, perdone usted, Luisa; pero ya sabe usted que mi impaciencia es tan grande como mi cariño.

Luisa Señor...

Cor. Tenía una buena noticia que comunicarla y...

Luisa ¿Una noticia? (Con ansiedad.) ¿Tal vez de mi madre?...

Cor. No se ha engañado usted, de su madre en efecto, que más compasiva que usted la escribe y la aconseja...

Luisa ¡Pronto!... ¡Esa carta!...

Cor. Tome usted. (Se la entrega.)

Luisa (Leyendo con avidez.) «Luisa querida: El coronel me ha revelado su amor y tus desdenes. No ignoras, sin embargo, lo que debemos a nuestro bienhechor. Te ha salvado la vida y la honra, y, gracias a él, pronto podrás verme. Acoge su súplica como único medio de pagarle nuestra deuda y muy pronto podrá estrecharte en sus brazos tu madre, María.» ¿Pero es posible?... ¿Mi madre aconsejándome que ceda a usted!... ¡A un enemigo!

Cor. Es que en mí no debe usted ver a un enemigo...

Luisa Esto es increíble..

Cor. ¿Increíble?... Pregunte usted a Coral...

Coral Sí, señorica; ella misma me dictó esa carta... yo la coloqué la mano pa que la firmara...

Luisa ¿Será cierto?

Cor. Vamos, Luisa, no vacile; su madre se lo manda.

Julio (Por la derecha.) ¡Es mentira!

Cor.
Cap. ¿Eh? (Asombrados.)
Luisa

Julio Mentira, sí, la engañan... créame usted, Luisa... créame a mí... al compañero de su infancia, al comandante Julio Mendoza.

Cor. ¡El hombre que ayer insultó a nuestro ejército!

Luisa ¡Cómo! ¿Usted es Julio?

Julio Esa carta es falsa.. ¡Su madre está aquí, en el pueblo... y lo más horrible es que la cree a usted muerta!

Cor. Basta. Coral, llévate a Luisa.

Luisa ¡No, perdón... perdón para él; lo pido en nombre de ese cariño que me jura!

Cor. Acabemos... Siga a Coral.

Coral (Llevándosela por la derecha.) Vamos.

Cor. Y en cuanto a usted... (Al Capitán.) avise a la guardia.

Cap. (Dirígese al foro.) ¡Eh! ¡Qué es esto!... ¿Quién ha cerrado esta puerta? (Intenta abrirla inútilmente.)

ESCENA VII

DICHOS, menos LUISA y CORAL. TAPIA y PAREDES. Se abre el montante que hay sobre la puerta y por él aparecen Tapia y Paredes. Tapia, a la derecha, Paredes, a la izquierda. Tapia y Paredes llevan en la mano dos pistolas con las cuales apuntan, uno al Coronel y otro al Capitán

Tapia Servidor, mi capitán.

Par. Servidor, mi coronel.

Cap. ¡Los titiriteros!...

Tapia Este es un nuevo método que hemos adoptado para magnetizar; conque a dormirse o le levanto la tapita de los sesos.

Cor. Eso es una traición infame.

Tapia Mi coronel, le aconsejo que no se mueva o aprieto el gatillo. Don Julio, huya usted por donde entró. Fuera de la tapia esperan los amigos.

Julio (Dudando.) ¡Huir!... Sí... es preciso... pero volveremos. (Vase por la izquierda.)

Tapia Y ustedes a roncar, que aquí estamos nosotros en clase de adormideras... (Telón rápido.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Interior de un patio de una casa de pueblo. Al foro tapia, y en el centro de la misma, portón. A la izquierda, fachada y puerta de entrada a la casa. A la derecha, otra fachada de una edificación cualquiera. A la derecha, entre el primero y segundo término, un pozo, con garrucha, cuerda y dos cubos. Los cubos estarán fuera del brocal al empezar el cuadro. A la derecha segundo término un pequeño carro con toldo y cortinillas delante y detrás. La forma de este carro será la de una galera. Es de día.

ESCENA PRIMERA

DOÑA MARIA sentada en un sillón rústico. ARACELI entra por el foro y cierra en seguida la puerta

María (Al oir el ruido.) ¿Eh?... ¿Quién?...

Arac. Soy yo, doña María... ¿Y la gitana?

María Se fué a llevar una carta mía al coronel Aubertin. ¿Pero qué ocurre?

Arac. Yo no sé lo que ocurre, pero sí sé lo que tié que ocurrir.

María ¿Pero qué?

Arac. Lo que sea. Bástele a osté saber que han contao con osté.

María ¿Conmigo?

Arac. Bueno, con esta casa, ea... porque según parece, hoy se reune toa la gente de vergüenza en el pueblo pa acordar lo que van a jaser con los invasores.

María ¡Ah, vamos! ¿Y han elegido esta casa para su reunión?

Arac. Sí; les ofrecí la mía, pero es demasiao frecuentá, y en cambio esta, como está aislá...

María Han hecho bien, todo lo que yo tengo está a disposición de los buenos patriotas.

(Llaman a la puerta del foro.)

Arac. Llaman. (Va al foro.) ¿Quién?

Julio Abrid. (Desde fuera.)

Arac. Es el señorito Julio. (Abre.)

ESCENA II

DICHOS y JULIO que entra por el foro

Arac. (Al ver a Julio.) ¡Pero Dios mío! ¿Qué le pasa a usted que viene tan agitado?

Julio No... nada... ¿No ha venido aún nadie?

Arac. No es la hora.

Julio Está bien. ¿Diste a todos los amigos el santo y seña?

Arac. A tóos Y ahora me voy pa la tienda, y a los que vayan llegando los echo pa aquí. Conque ya no se quea usté sola, doña María... mejor compañía, ni pintá.

María Llevas razón.

Arac. Pero señor, ¿qué le pasa asté?... ¡Cualquiera diría que viene malo!... ¿Quié usté una poca agua?...

Julio Te he dicho que no me pasa nada.

Arac. (Haciendo ademán de utilizar el pozo.) ¿La saco der pozo que estará fresquita?...

María No te canses, hija, está casi seco... pero en fin, para un vaso de agua siempre habrá.

Julio Repito que no te molestes, que no quiero.

Arac. Bueno, pues hasta luego. Suerte y prudencia.

Julio Adiós.

(Vase Araceli por el foro.)

ESCENA III

DOÑA MARÍA y JULIO

María Julio.

Julio Doña María.

María Vamos, séame usted a mí franco. ¿Qué le ocurre? ¿A qué obedece esa agitación que ha notado en usted Araceli?

Julio Le aseguro a usted que nuestra amiga se equivocaba.

María No... su voz de usted revela emoción... (Cogiéndole la mano.) su mano tiembla...

Julio (Aparte.) ¿Cómo decirla sin destrozar su alma de alegría y de dolor a la vez que su hija existe?

María ¿No me contesta usted, Julio?

Julio Dígame, ¿ha vuelto usted a ver a Coral?

María Precisamente hace un momento me quejaba de su ausencia, ¿pero qué idea lleva usted al preguntarlo?

Julio No sé... acaso no tenga razón, pero esa gitana no me inspira confianza.

María ¡Por Dios, Julio, ya le he dicho más de una vez que está usted equivocado! Coral es buena; ha tenido para mí cuidados de hija.

Julio ¿Y nunca un instinto secreto, uno de esos presentimientos que nacen sin explicación, le ha dicho a usted que Coral pudiera engañarla?

María ¿Engañarme? ¿Con qué objeto?

Julio ¡Quién sabe!... Quizá obedeciendo órdenes de otra persona... Esa gitana, parece ser que es un instrumento ciego del coronel Aubertin.

María Cierto. Y es un detalle que la honra. El Coronel evitó que sus padres fueran fusilados.

Julio Pero, pudiera ser... no es la primera vez, y sobre todo en los azares de la guerra... que damos por perdidos para siempre a seres que creemos muertos... y luego... y luego...

María ¡Por Dios, Julio!... ¿Qué dice usted?... Habla usted de muertes supuestas, de seres que renacen a la vida... Sí... sí... usted sabe algo de Luisa, ¿no es cierto? usted lo sabe y no se atreve a decírmelo. (Tocándole las mejillas.) ¡Ah!... ¿Los sollozos le impiden hablarme?... Pues bien, abráceme usted, y ese abrazo equivaldrá a lo que sus labios no pueden decirme... ¡Que mi hija vive!...
(Julio la abraza. Pausa.)

Música

María
¡Vive, vive! ¡Qué alegría,
este abrazo me lo jura;
este abrazo me devuelve
para siempre la ventura!

Pronto, corramos,
quiero estrecharla,
que de sus brazos
siento el calor.
Lléveme, Julio,
quiero besarla;
hija querida,
mi solo amor.

Julio Calma, mi buena amiga,
y tenga usted presente
que aunque mi afán es justo
no creo que es prudente
que usté la vea ahora,
pues puede entorpecer
el plan que voy, hoy mismo,
en práctica a poner.

María Entonces, Luisa,
corre peligro.
Quizá, Dios Santo,
hábleme usté.

Julio Nada decirle
puedo en concreto,
pero esta noche
la salvaré.

María Oh, si la salva,
si lo hace así,
para siempre
una esclava
tendrá usté en mí.
Ella el encanto
de mis amores,
ella mi sola
prenda querida,
ella alejada
de mis dolores,
ella llenaba
toda mi vida.
Ella fué un tiempo
no muy lejano
la compañera
de mi niñez;
ella era ahora,
hija querida,
la compañera
de mi vejez.

Julio Ella el encanto

de sus amores.
Ella su sola
prenda querida,
fué compañera
de mi niñez,
yo le prometo
con alma y vida
que hoy, a sus brazos,
vuelve otra vez.

María Bendita esa promesa
que usté cumplir sabrá.

Julio Es noble mi deseo
y Dios me ayudará.

María Bendita esa promesa.

Los dos Dios nos ayudará.

ESCENA IV

DICHOS, TAPIA, PAREDES y CORAL por el foro. Se oyen golpes

Hablado

Julio (Abriendo.) ¡Silencio!...

Par. Usté perdone, mi Comandante, pero esta reina sin trono estaba rondando los alrededores de la casa... y... y...

Tapia ¿Ves?... ¡Ya te has hecho un lío!... ¡como no eres orador!... Déjame a mí. Verá usté, mi Comandante; esta reina sin trono estaba rondando...

Par. ¡Sargento!.. ¡Que me calca usté la imagen!...

Tapia ¿Te quieres callar?... Estaba rondando los alrededores de la casa...

Par ¡Hasta ahí es mío!

Tapia Y como estos gitanos, cuando le dan a uno los buenos días, antes de acabar el saludo ya le han engañao, nos hemos permitido cortarle la distracción y traerla aquí.

Julio (A doña María.) Es Coral...

María ¡Ella!...

Julio ¡Desgraciada!... ¿Qué es lo que pretendías al rondar la casa?

Coral (Aparte.) ¡Y cómo le digo yo que lo que quería era verle... verle na más!

Julio ¿Qué nuevo engaño preparas?

María ¿Qué mal te causé, Coral, para que me hayas hecho llorar a mi hija como muerta?

Coral Obedecía a mi amo.

Julio ¿Amo tuyo un extranjero... un enemigo?

Coral Pa nosotros los gitanos, son enemigos y extranjeros, tóos. Entoavía no hemos pisao un peazo de tierra, que pudiéramos llamar tierra nuestra. ¡Ya lo dice el cantar!...

«Van sin Dios y sin rienda,
¡raza maldita!
en todas partes siendo
los forasteros.
Pueblo, desventuras
que llora y grita,
al compás candencioso
de sus panderos.»

María ¿Pero ni una vez siquiera tuviste compasión, piedad de mis lágrimas?

Coral (Eludiendo la respuesta.) Osté es buena, señorica, y yo la quiero.

María ¿Me quieres y me haces traición?

Coral Yo no sé lo que es güeno ni lo que es malo. Yo no sé más que obedecer.

Julio ¿Aunque te manden una infamia?

Coral Sí.

Tapia ¡Bueno, esto es pa darla así en la nuca como a los conejos!...

María Vete, vete... desgraciada.

Par. ¿Pero dejarla ir?...

María Sí. Yo la perdono, y usted también, ¿verdad Julio?

Julio Lo que usted quiera, señora.

Tapia Bueno, pero yo soy alguien, y ustedes dispensen. (A Coral.) De modo y manera, mi distinguida vagabunda, que si la volvemos a encontrar éste y yo rondando la casa, la cogeremos yo y éste, nos constituiremos en Consejo verbal éste y yo, y éste por un lao y yo por otro, la aplicaremos el artículo 17 del Código penal, reformao por nosotros dos, que dice... (A Paredes.) Oye... tú que eres más jurídico... Artículo 17...

Par. Artículo 17. Toda persona que intente meterse en lo que no le importa, o averiguar lo que no debe saber, será condenada a sesen-

ta palos enérgicos, que se le administrarán en la forma corriente. Si la persona es del sexo masculino, se empezará a darle los palos en el pescuezo para acabar en la rabadilla, y si es del sexo femenino, se empezará en la rabadilla y se acabará en los adyacentes, donde se insistirá.

Tapia Conque, si estimas en algo tus adyacentes, no parezcas por aquí, ¡largo!

Coral (Aparte.) ¡No, pues lo que es él no vuelve a ver a la señorica! (Vase por el foro.)

Par. (Empujándola). Anda da ahí, hija *pódriga.*

ESCENA V

DICHOS, menos CORAL. Después PENANES, CARTUCHERITA, JOSÉ MARÍA, GABRIEL, SALVADOR y CONJURADOS

Par. (Que se asoma al foro.) Me parece que llegan los que esperábamos...

Julio Pues poneos en la puerta y pedirles el santo y seña. (Tapia y Paredes se colocan en la puerta, que entornan, dejando sólo un hueco, por el que irán pasando los conjurados.) Y usted, señora, apóyese en mí; la acompañaré hasta sus habitaciones. (Le ofrece el brazo y la lleva hacia la izquierda.)

María No olvide usted lo que me ha prometido.

Julio Confíe usted en mí. O muero o salvo a Luisa.

Música

Todos

Vamos con cuidado
sin alzar el grito,
y a la chita, chita,
chita callandito.
Esta misma noche
vamos a intentar
algo que mañana
dé mucho que hablar.
Todos decididos
y juramentados,

unos con trabucos,
otros a bocados,
y otros con cuchillos
nuestro gran valor
en el enemigo
causará terror.

Julio (Entra.)
Mis bravos compañeros.
Todos ¡El comandante! (Se descubren.)
Julio Oid mis instrucciones.
Todos Hable al instante.
Tapia Perdóneme, don Julio,
sólo un momento;
distinguido Paredes.
Par. ¿Qué hay, mi sargento?
Tapia Acércate a la tapia
e inclinaté.
Par. ¿Yo inclinarme?
Tapia Silencio
y acércate.
(Se acerca a la tapia y Tapia figura subirse sobre él para colocarse sentado sobre la pared.)
Perdona que te tome
por escalera.
Par. Usté puede tomarme
por lo que quiera.
Tapia Mi comandante,
ya puede hablar.
Todos Se ha subido a la tapia
para observar.
Julio No está mal la precaución,
y ahora escuchadme
con atención.
Ha llegado un mensajero
con la nueva deseada,
que esta noche llegan fuerzas
de Sevilla y de Granada;
es Castaños, quien al frente
viene de ellas, según creo.
Y si Reding también llega
se realiza mi deseo.
Es necesario que aquí juremos
que ayudaremos a esos valientes;
y unidos todos en la pelea
el triunfo es nuestro ya.
Lo exige de la patria la salvación;

lo manda nuestra honra,
lo pide nuestro honor.

Todos Ha llegado un mensajero
con la nueva deseada,
y esta noche llegan fuerzas
de Sevilla y de Granada.
Es Castaños quien al frente
viene de ellas según dicen,
y si quieren nuestra ayuda
se presenta la ocasión
de pelear con decisión
y fe.
Es preciso luchar
y sin miedo caer.
¡Triunfar! ¡Vencer!

Hablado

Tapia ¡Los franceses! Ya están ahí.

Julio ¡Maldición!

Pen. ¡Estamos perdidos!...

Julio Nos defenderemos hasta morir. ¿Traeis armas?

Gab. Yo este cachorrillo con diez postas.

J. Mar. Yo este trabuco.

Pen. Yo no tengo gran confianza en la pólvora y he cogío esto de la cocina. (Saca un cuchillo grande.)

Tapia (Que ha estado escuchando.) ¡Silencio!... ¡ya están aquí!... (Se baja de la tapia.)

Julio Repleguémonos dentro de la casa. (Vanse. Hacen todos mutis por la izquierda.)

Tapia (Que no ha entrado.) Tú; espérate...

Par. ¿Qué quiere usted?...

Tapia (Mete uno de los cubos dentro del brocal. Se sienta en el borde con las piernas hacia dentro, figurando que apoya los pies en el cubo y le dice:) Haz el favor de ir soltando cuerda poco a poco. Como me estrelles subo y te aplico el artículo diecisiete.

Par. ¿Pero qué va usted a hacer?...

Tapia Beber una miaja de agua pa que se me pase el susto. Anda.

Cap. (Llamando.) Abrid a las fuerzas del coronel Aubertin.

Par. ¡Que pesa usted mucho; mi sargento!

Tapia No te apures. Yo, iré apoyándome en los salientes de la piedra; pa quitar peso.

Cap. Abrid o tomaré la casa por asalto y no habrá piedad para nadie.

Par. Ahora, yo a la casa.

Cap. Echar la puerta abajo a culatazos. (Va a la casa y trata inútilmente de abrir la puerta.)

Par. ¡Anda!... ¡han cerrado!... estoy por meterme también en el pozo... no... me esconderé aquí. (Por el carrito que hay en escena.) ¡por más que es lo mismo... de todos modos no doy dos cuartos por mi pellejo! (Se esconde en el carro y echa las cortinas anteriores y posteriores.)

ESCENA VI

TAPIA y PAREDES, escondidos; el CAPITÁN LECOMTE y SOLDADOS por el foro. La puerta cae, vencida por los culatazos, y entra Lecomte seguido de varios soldados

Cap. ¡Pronto!... Cerrad la casa y pegarla fuego por los cuatro costados.

Julio (Saliendo a la puerta de la casa.) No, capitán. Antes de que arda la casa y encuentre en ella la muerte una pobre madre, nos entregamos.

Cap. (Reconociéndole.) ¡Hola!... ¿Usted por lo visto está en todas partes?

Julio En todas donde debo estar.

Cap. ¡Acabemos! ¡Entréguense prisioneros! (La puerta se abre y penetran en la casa los franceses.) Atadlos bien y que no escape ninguno. (Envaina la espada y se limpia el sudor.) ¡Lo que es esta vez, no les envidio la suerte a los que han caído. Serán fusilados seguramente. (Salen atados de dos en dos todos los que entraron. Los últimos que atan uno con otro son doña María y Julio.)

Julio Capitán, nos hemos entregado con la condición de que se respete a una pobre ciega. Decid a vuestros soldados que la dejen libre.

Cap. (Aparte.) ¡Diablos!... esta debe ser la madre de la españolita. (Alto.) Sí, teneis razón. Desatadlcs. (Los soldados lo hacen. Aparte.) Pero acaso el Coronel... sí, que él disponga. (Alto.) Descuidad, la señora será puesta en libertad, pero por lo pronto no me conviene que quede nadie en la casa. En marcha. (Los soldados con los prisioneros van saliendo por el foro.) Al principio no creí tan fácil la rendición... al ver su resistencia supuse que la lucha sería larga... ¡Tengo una sed abrasadora!... si hubiese por aquí... (Mira al pozo.) ¡Bah!... del mismo pozo... después de todo no es este el momento más adecuado para exigir un buen servicio. (Empicza a tirar de la cuerda y mirando hacia el público dice:) ¡Bonita jugada!... los conjurados detenidos; el comandante ese que juró salvar a la españolita, uno de ellos... la ciega complicada... ¡qué sorpresa la del Coronel cuando se entere!... ¡Qué sorpresa! (Al decir esto aparece por el brocal del pozo Tapia.)

Tapia (Apuntándole con una pistola que lleva en la mano.) ¡Como la nieve!

Cap. (Espantado, echándose atrás.) ¿Eh?... ¡Miserable! (Va a sacar el sable. En este momento y como está de espaldas al carrito y muy próximo a él, aparece Paredes por la delantera del mismo y echando una cuerda al Capitán por detrás, le ata mientras Tapia le apunta con la pistola.)

Tapia (Saltando fuera del pozo.) Si da usted un grito, le levanto la tapa de los sesos. (Apuntándole y avanzando hacia él.)

Cap. Esto es una traición...

Tapia Paredes, átale bien las manos atrás. (Paredes le ata. Mientras tanto Tapia le quita la espada.) Con permiso... no es para quedarme con ella, pero le vamos a colocar a usted en una postura que quizá le molestase.

Par. (Que ha terminado.) ¡Listo!

Tapia Ayúdame a meterle dentro del carro. Quítale el morrión. (Paredes quita el morrión al Capitán y se lo pone él. Entre los dos le meten dentro del carrito.) Ahora colócate en las varas.

Par. ¡Otra vez de caballería!...

Tapia No te preocupes que yo voy detrás arrempujando. ¿Estamos?

Par. Estamos.

Tapia ¡Arre, generala!

Par. Generala, no, pero general... puede que llegue a serlo, si no me cortan la carrera.

Tapia ¡Tienes razón! ¡Esta es la vida!

Par. ¡Y menos mal que vamos tirando!

(Vanse con el carro por el foro. Música y telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Campamento de los franceses, cerca de Despeñaperros. En el primer término derecha, un grueso roble que tiene en su base y disimulada con la corteza del tronco una trampa de unos 70 centímetros de altura que se abrirá en momento oportuno. Al tronco de este roble está adosada y sujeta una gran tienda de campaña que pertenece al jefe de las fuerzas, Coronel Aubertín. Esta tienda, está completamente abierta por el lado del público y desciende hasta el proscenio. Tiene una abertura en el fondo y otra a la izquierda. Un Centinela pasea ante la abertura del fondo. Otro ante la de la izquierda. Es de noche; dentro de la tienda una mesa, una silla y un farol sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA

Grupos de soldados descansando o jugando a los naipes. CORAL y todos los personajes que se mencionan en la descripción del cuadro.

Música

Voz Contrabandista es mi padre,
contrabandista es mi hermano
y yo soy contrabandista,
que aquí todo es contrabando.
Contrabandista es mi padre...

Coral (Recitado dentro de la música.) ¡Acaban de traerlo! Yo he de jasé por hablarle, y si pueo libertarle, manque sea a costa de mi vía, le libertaré...

Sold. 1.º ¡Ulalá! ¡La reina morena!

Sold. 2.º ¡Que nos cante algo!

Coral ¡Mardesíos seais, que no tengo yo el espíritu pa coplillas!...

Sold. 1.º No importa, canta.

Todos ¡Sí, sí!... (La rodean todos los soldados.)

Coral ¡Ea... pus allá va una cancioncilla cañí!...

Gitano negro y garboso,
el más airoso del Albaicín.
Yo quiero con tus amores,
regar las flores de mi jardín.
Verás qué bien,
que las vamos a regar;
gitano, ven,
no se vayan a secar.
Ven prontito, gitano,
ven pronto, chaval,
que el amor de secano
resulta mu mal.

—

Aquél besito en la boca,
me volvió loca por tu pasión.
Si hoy otro beso me dieras,
tú me volvieras a la razón.
Si me lo das,
qué feliz voy a ser,
ya tu verás
cómo aumenta mi querer.
Dame un beso, gitano,
lo mismo que aquél,
que me deja los labios
igual que la miel.

Hablado

Coral ¿Qué?... ¿Os ha gustao?... Pues dejarme en paz... (Vase seguida de los Soldados, por el foro derecha.)

ESCENA II

EL CAPITÁN LECOMTE, DON TITO, TAPIA y PAREDES. Ocho Soldados franceses. Todos por la izquierda segundo término. Don Tito aparece tirando del carrito del cuadro anterior. A cada lado del carro marchan cuatro Soldados franceses con fusiles al brazo. Las cortinillas del carro van cerradas

Cap. ¡Alto, ar!... ¡Que bajen los prisioneros! (Se abren las cortinas del carro y aparece dentro Tapia y

Paredes que saltan a escena. A don Tito.) Y usted, joven, será propuesto para una recompensa por este servicio.

Tapia (Con sorna.) Reciba usted mis felicitaciones, joven. Ha demostrado usted que es una verdadera caballería.

Tito Yo soy lo que soy.

Par. Enganchado a la jerezana, daría gusto verle.

Tito Capitán, se me falta.

Cap. ¡Basta!... el señor se ha brindado a tirar del carro y ahora...

Tapia Ahora a la cuadra.

Par. Sí, que el pobre bien se ha ganado el pienso.

Cap. ¡Silencio, repito! (A don Tito.) Joven, llévese usted eso, y cuente con que el Coronel Aubertin tendrá eonocimiento de su acto.

Tapia Y tenga cuidado de no rebuznar, que me sobresalto.

Tito (Cogiendo el carro y tirando de él.) ¡Ya les darán a ustedes rebuznos los señores franceses.

Par. ¡Arre, arre!

Cap. (A los soldados, indicando la tienda próxima.) Conducid a estos a aquella tienda y encargaos dos de su custodia, mientras doy cuenta al Coronel.

Tapia Oiga usted, Capitán, ¿nos van a llevar y traer mucho?...

Cap. Desgraciadamente, para vosotros, creo que muy poco.

Par. Vamos, hombre, menos mal.

Tapia Tantísimas gracias.

Par. Por nosotros, que no se molesten en acompañarnos...

Cap. Vamos. (Los soldados se llevan a Tapia y Paredes por el foro derecha.)

ESCENA III

El CAPITÁN y el CORONEL AUBERTIN

Cor. (Entra por el foro y pasa al interior de la tienda con el Capitán.) Capitán, ya he tenido noticia del accidente que le ocurrió en la casa de los conspiradores. Fué un descuido que le pudo traer consecuencias muy graves.

Cap. Confieso que no pensé en una sorpresa, pero en fin, gracias a que el sargento al ver mi tardanza tuvo la idea excelente de destacar ocho hombres en mi busca, y se apoderaron del carro a los pocos momentos de salir de la casa, que si no...

Cor. Bien, a otra cosa. Al rayar el día, tienen que partir las fuerzas para Bailén, según órdenes que he recibido. Antes de marchar, destaca usted un pelotón y me los envía, que una vez fusilados los revoltosos alcanzará a las tropas y se unirán con ellas.

Cap. ¿De modo que todos fusilados?

Cor. Todos. Hay que hacer un escarmiento o no acabaremos nunca. Sobre todo con esos contrabandistas; no concibo por donde han podido evadirse, los que se han escapado, estando el campamento cerrado completamente por un cordón de centinelas... En cuanto a esa señora...

Cap. Cedió su casa para la conspiración. Es tan culpable como los demás.

Cor. Bien, ya veremos... Haga el favor de ordenar que venga Luisa inmediatamente.

Cap. Está bien .. ¿Quiere mi Coronel que mande yo el pelotón que ha de fusilarlos?

Cor. Ya veremos. Tengo especial interés en ser yo quien lo haga todo.

Cap. A la orden. (Vase.)

ESCENA IV

CORONEL. En seguida LUISA

Cor. Todo marcha bien. Si el golpe que preparo no me falla, esta vez la victoria será completa. (Aparece Luisa por la izquierda acompañada del Capitán, que se retira una vez que ella ha entrado en la tienda.)

Luisa Coronel, ¿es cierto lo que me han dicho?... ¿El Comandante Mendoza?...

Cor. Tranquilícese usted, el Comandante vive.

Luisa Pero está condenado, ¿verdad?...

Cor. Desgraciadamente su delito es de los que no tienen defensa.

Luisa Coronel, basta de hipocresía. El comandante Mendoza es un amigo de mi madre; de mi madre que está aquí y que llora a su hija muerta... Concédame la vida del comandante, consiéntame ver a mi madre y lo olvidaré todo, para acordarme solo de su generosidad.

Cor. ¿Es usted sincera?

Luisa ¡Lo juro por la salvación de mi alma!

Cor. Acepto el convenio. El comandante será puesto en libertad; usted verá a su madre. Pero oiga las condiciones. Usted partirá mañana para Francia bajo la custodia de una persona de toda mi confianza. ¿Está usted conforme?

Luisa (Después de vacilar y al fin resignada.) Conforme.

Cor. (Yendo a la abertura del fondo.) ¡Un soldado! (Aparece uno en la puerta de la tienda.) Que traigan a la prisionera ciega. (El Soldadó se va. A Luisa.) Va usted a ver a su madre, pero no olvide que una palabra contra mí... la menor indicación es la sentencia de muerte del comandante.

Luisa Callaré, señor, callaré.

ESCENA V

DICHOS. Por el foro de la tienda, un Soldado, conduciendo a DOÑA MARÍA

Sold. Ya está usted en presencia del Coronel. (El Coronel toma de la mano a doña María. La hace sentar y hace ademán al Soldado de que se vaya. Mutis del Soldado.)

María ¡Ah!... ¡Por fin!... Desde que me detuvieron he suplicado que me trajesen a su presencia. Todo lo sé, Coronel.

Cor. ¿Y qué es lo que sabe usted, señora?

María ¿No lo adivina usted en mi emoción? ¿No adivina que le hablo de mi hija... de mi Luisa? (Luisa va a hablar.)

Cor. (Bajo a Luisa.) ¡Silencio!

María De mi hija, que creí muerta y que existe; me lo ha dicho Julio y Julio no ha mentido jamás.

Cor. Ah, ¿Julio ha sido quien dijo a usted?...

María Sí... ¡quiere que me lleve usted a su lado!... Estrecharla en mis brazos...

Luisa (Sin poder contenerse se lanza en brazos de doña María.) ¡Madre! ¡Madre mía!

María (Dando un grito.) ¡Hija!... ¡Hija!... ¡Estabas aquí!... ¡A mi lado... y usted me lo ocultaba...!

Cor. Se lo ocultaba para evitarla el dolor de una nueva separación.

María ¿Una nueva separación?... ¿Qué quiere usted decir?...

Cor. Su hija va a dejar España para siempre.

María ¿Dejar su patria... por qué?

Cor. Para consagrarme su cariño.

María ¿Su cariño a usted?... ¡No es posible!... ¡Mi hija amar a un!...

Luisa (Suplicante y para contenerla.) ¡Madre!... ¡No sigas!...

María Di que no es verdad... que este hombre ha mentido...

Cor. (Alto a Luisa.) Sí, Luisa, diga la verdad. (Aparte a ella.) ¡No olvide al comandante!

Luisa (Resignada.) Sí, madre... el Coronel dice la verdad.

María ¿Es decir que por tu voluntad te alejas de España y unes tu suerte a la del Coronel?

Luisa Sí.

María Está bien. (Hace intención de marcharse.) Tenía usted razón, Coronel, mi hija murió y bien muerta está. Ordene usted que me acompañen. (El Coronel va a la puerta del fondo, figura que llama y aparece el Soldado que salió antes.) Que pongan en libertad a la señora. (Vase María con el Soldado. Luisa queda sollozando.)

Cor. Ha cumplido usted su palabra. Ahora me toca a mí cumplir la mía. (Aparece otro Soldado en el fondo.) Que traigan al comandante Mendoza, sin ligaduras ni guardias. (Vase el Soldado.)

Luisa No exigirá usted que me quede aquí, cara a cara con su prisionero.

Cor. Ya no lo es y quiero decírselo delante de usted. Así se convencerá usted de que cumplo lo pactado.

ESCENA VI

DICHOS, JULIO, por el foro de la tienda. Le acompaña un Soldado que queda en el fondo

Julio ¿Qué me quieren?... (Viendo a Luisa.) ¡Luisa!

Cor. Sí, comandante; Luisa, que antes de abandonar España para marchar a Francia, donde terminada la campaña me reuniré con ella, ha querido dar a usted su último adiós y probarle su reconocimiento, devolviéndole ella misma la libertad.

Julio ¿Mi libertad?... ¿Y es ella quién?.. ¡Ella que abandona a su madre y a su patria para unirse a un enemigo?

Luisa Sí, Julio; no quiero que usted muera.

Julio Pero es que yo no puedo aceptar...

Luisa Acéptelo usted, como yo he aceptado la obediencia al precio de su libertad. (Aparte al Coronel.) Permítame usted que me retire... no puedo más.

Cor. ¿Supongo que no dudará usted de mí?

Luisa No, pero esta situación me agobia. Temo que me falten las fuerzas.

Cor. Bueno, retírese.

Luisa Sea usted feliz, Julio. (Vase acompañada del Soldado.)

ESCENA VII

JULIO y EL CORONEL

Julio (Aparte.) ¿De modo que por salvar mi vida se entrega a un hombre que seguramente odiará? (Alto.) Oigame, Coronel. Yo no acepto el sacrificio de Luisa. Si mi muerte la restituye a su madre y a su patria, ordene usted inmediatamente que me fusilen.

Cor. Comandante, yo la he jurado devolver a usted su libertad.

Julio Y yo no puedo aceptar esa gracia de la que usted ha hecho un instrumento de cálculo,

causando para siempre la desgracia de Luisa.

Cor. (Aparte.) ¡Magnífico! Si no acepta, la culpa no es mía y así me quito de delante un enemigo, más peligroso en el corazón de Luisa que en el campo de batalla. (Alto.) ¿Es esa su última resolución?

Julio Inquebrantable.

Cor. Está bien. Se cumplirá la sentencia. Soldado. (Aparece un Soldado.) Amarrad a ese hombre y vigiladle. (Le ata las manos y vanse.)

ESCENA VIII

JULIO. En seguida CORAL

Julio ¡No!... no puedo aceptar el sacrificio de Luisa, de esa pobre niña que la casualidad puso otra vez en mi camino, más bella que nunca. ¡Con qué dolor, y al mismo tiempo con qué ternura me ofrecía mi libertad a cambio de su eterna esclavitud! ¡Luisa!... ¡Luisa!... (Se sienta y oculta la cara entre sus manos.)

Coral (Sale sigilosamente por la abertura del fondo de la tienda y llega hasta Julio.) ¡Señorico!...

Julio ¿Eh?... ¿Tú aquí?... ¿Qué quieres?

Coral Librarle asté. (Julio la mira con desdén.) Ya sé que quié osté morir... pero no merece esa jembra que entregue sus huesos a la tierra un moso tan cumplío.

Julio ¡Pero tú sabes!...

Cor. Tóo. Esa mujer no vale su penar. Ha temblao cobardemente ante la voz del amo y en vez de apuñalarle, ha aceptado el trato vergonzoso por el cual le ha vendío su vía de osté al precio de su obediencia.

Julio (Levantándose airado.) ¿Pero, qué me dices, mala hembra?

Coral Digo que esa no es forma de querer... que cuando el cariño está en lo más jondo del alma, antes de abandonar al ser querío se le deja que muera. (Exaltándose. Transición.) Así, al menos, quieren las mujeres de mi raza...

Julio ¡Qué sabes tú de esos sentimientos, desdichada!

Coral Yo no sabré de eso, pero sé que desde que me miró osté por primera vez, se acabó pa mí el descanso de la noche y el vivir del día... por eso vengo a decirle... sárvese osté, que es como sarvarme a mí...

Julio Gitana, tu sueño es imposible.

Coral ¿Imposible?

Julio ¿Pero quieres que al morir bendiga tu nombre?

Coral Quiero lo que osté quiera... soy su esclava,

Julio Tú eres libre, tú puedes llegar hasta Luisa. arrancarla de manos del Coronel, llévala a los brazos de su madre y dila que he muerto pronunciando su nombre.

Coral (Celosa.) ¡Eso no! ¡Nunca!

Julio ¿Te niegas?

Coral Me niego. No haré ná por esa mujer. ¡La odio!

Julio Está bien. Vete.

Coral Sí, me voy... pero antes que osté piense siquiera en ella, prefiero verlo caer acribillao a balazos. (Vase por el foro. Al salir deja caer la tela que cierra la abertura del fondo. Julio queda en igual actitud que cuando entró Coral.)

ESCENA IX

JULIO, EL CAPITÁN, TAPIA y PAREDES con los brazos atados por los codos

Tapia Bueno, ¿pero es que nos van a traer y llevar así mucho tiempo? Que nos fusilen de una vez y luego que nos molesten todo lo que quieran. (A Paredes.) ¿No te parece?

Par. Es una idea, mi Sargento.

Cap. Pues bien, dentro de pocas horas tendréis el gusto de prestar vuestros servicios en el quinto infierno.

Tapia Tendré un sumo placer en conocer personalmente a don Pedro Botero.

Par. Y yo en tirarle del rabo.

Cap. Pasen ustedes aquí. (A la tienda. Al Centinela.) Centinela, que nadie, absolutamente nadie, bajo ningún pretexto, penetre en esta tienda. Yo voy a dar las órdenes para que al ama-

necer salga el pelotón que ha de fusilarlos en la explanada del desfiladero.

Cent. Está bien, mi Capitán. (Vase el Capitán foro derecha. El centinela queda al foro.)

ESCENA X

JULIO, TAPIA y PAREDES

Tapia Paredes.

Par. Mi Sargento.

Tapia Ya lo has oído; al amanecer, *pulvis eris.*

Par. ¿Y eso qué quiere decir?

Tapía Que yo seré polvo, que tú serás polvo y que estoy pesaroso de haberte metido en esta polvareda.

Par. (Mirando a Julio.) ¡Está ahí el comandante Mendoza!

Tapia Es verdad. (Llamando a Julio.) Mi comandante...

Julio ¿Eh?... ¿Quién?... ¿Cómo, vosotros, mis buenos camaradas? Darme un abrazo.

Tapia ¿Un abrazo? Dificilillo lo veo... si quiere usted medio abrazo...

Par. Sí, porque apiolados como estamos, no veo otro medio.

Tapia Pero en fin, ¡qué demonio!... Medio de este y medio mío, hacen uno.

Julio Pobres soldados míos. Dentro de pocas horas caerán para siempre tres hombres a quienes hacía vivir un solo corazon de soldado y de español.

Par. (Sollozando.) Mi comandante, no hable usted así, que habíamos decidido tomar la muerte a risa... y usted nos hace llorar. (Los dos lloran cómicamente.)

Tapia Paredes.

Par. Mi sargento...

Tapia Haz el favor de enjugarme esa lágrima que baja por la derecha hacia la nariz, porque yo he intentado limpiarla con la lengua y no me alcanza...

Par. (Limpiándosela como le permiten sus ligaduras.) Ya está... y ahora límpieme usted a mí estas dos, que me hacen cosquillas en los mo-

fletes. (Tapia se las limpia.) Bueno, ahora ya pueden venir cuando quieran.

Tapia Ya has oído que hasta el amanecer no habrá nada.

Par. ¡Buen desayuno nos espera!

Tapia El caso es que como estos tíos no atienden a razones, no me han dejado hacer una miaja de testamento.

Par. Ah, ¿pero usted es rico, mi sargento?

Tapia Una insignificancia... ¡total, ná! Unos cuantos pies de terreno que tengo en Arganda a la salida del pueblo...

Par. ¿No tiene usted familia?

Tapia Un tío que está baldao de reuma y no puede dar un paso.

Par. A ese le puede usted dejar los pies, que no le vendrá mal.

Tapia Mira, no está mal pensao.

Par. ¿Me permite usted una imagen retórica, sargento?

Tapia Expéleia.

Par. Pienso que andando el tiempo, la Historia señalará el sitio donde nos fusilen, y puede que tenga el siguiente epitafio: «Aquí cayeron Tapia y Paredes.»

Tapia Eso, más que un epitafio, parece un derribo.

Julio Envidio vuestro buen humor, que prueba vuestro temple... ¡Sois dignos de mejor suerte!

Tapia Y que esta vez no hay salvación.

ESCENA XI

DICHOS y PENANES, que asoma el busto por la trampa del árbol

Pen. O sí.

Julio, **Tapia**, **Par.** ¡¡Penanes!!

Pen. Silencio. Ahí va ese mondadientes, (Dandoles una navaja.) cortarse ustedes las ligaduras sin que lo note el centinela y ahí abajo estoy pa indicaros el camino.

Julio Pronto, no perdamos tiempo.

Par. Este Penanes es un topo; conoce toas las

minas y subterráneos en diez leguas a la redonda.

Tapia ¿Baja usted, mi comandante?

Julio No, yo el último.

Tapia Obedezco, porque no hay tiempo que perder.

Julio Yo observaré al centinela. (Se meten Tapia y Paredes por la trampa.) Ahora yo. ¡Dios quiera que me vea libre para pagar a Luisa el sacrificio!

ESCENA ULTIMA

JULIO, CORAL por el fondo de la tienda. Al dirigirse hacia el árbol Julio, aparece Coral

Coral (Sujetando por la ropa al Comandante.) ¡Usté no!

Julio ¡Suelta, infame! (Luchan.)

Coral ¡A mí!... ¡la guardia!... soldados!... (Aparecen por el fondo el Capitán Lecomte y varios soldados con fusiles.)

Cap. ¿Qué es esto?... ¡Preparen, armas! (Todos rodean al Comandante y le sujetan.)

Coral (Con rabia salvaje.) ¡Morirá!

(Telón rápido.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Una explanada en un desfiladero. Decoración a gusto del pintor. Algunas rocas practicables en los costados. Al levantarse el teón se oyen dentro, muy lejanos, en distintas direcciones, toques de corneta, cañonazos y fuego de fusilería. Todo muy débilmente y cesando a intervalos. Es de día.

ESCENA PRIMERA

CORAL, que asoma entre las rocas por la derecha

Coral (Con alegría feroz.) Ahí va a caer pa siempre... ¡Cuánto tardan!... ¡Los segundos me parecen siglos!... Que acaben pronto... ¡pronto!... y que ella se quee como yo... sin el mirar de sus ojos, sin sus caricias... (Mirando a la izquierda.) Ah... sí, son ellos... se acercan... y mi venganza también. (Se oculta de nuevo entre las rocas.)

ESCENA II

CORONEL AUBERTIN, JULIO, DOCE SOLDADOS FRANCESES

(Música hasta el final. Por la lateral izquierda aparecen el Coronel con el sable desnudo. Le siguen doce soldados franceses, formados de dos en dos. En el centro de ambas filas va Julio. Bajan formados de dos en dos hasta el proscenio, y al decir «izquierda» el Coronel se colocan en dos filas perpendicularmente a la batería, en el lado de la derecha del escenario.)

Cor. ¡Alto! Izquierda... Izquier... Colocad al prisionero.

Julio No es necesario. Indicadme el sitio.

Cor. Allí. (Julio se coloca donde le indican, que deberá ser en el foro izquierda, y se cruza de brazos.)

Julio Ha querido usted ser testigo de mi muerte y gozar de esa satisfacción, pero también lo es mía porque va usted a ver por sus propios ojos cómo muere un soldado español.

Cor. Vendadle los ojos.

Julio — Le ruego que no lo hagan. No siento el temor que usted supone.

Cor. — Está bien. Si tiene algo que pedir, hágalo, pero pronto, que no puedo perder el tiempo. El enemigo nos bate y hago falta en el campo de batalla.

Julio — Nada. Estoy dispuesto.

Cor. — (Subiendo a la roca de la derecha detrás de los Soldados, para mandar desde ella la ejecución, grita:) Primera fila, avance; (La primera fila se coloca casi de espaldas a la concha del apuntador.) ¡Preparen, armas!... (Los soldados obedecen.) ¡Apunten! (Los soldados apuntan.) ¡Fuego!... (En este momento, todos los soldados que componen el piquete, vuelven a un tiempo los fusiles y disparan contra el Coronel, que cae muerto al otro lado de la roca, es decir, entre cajas. Los soldados se quitan las barbas y bigotes que llevan postizos, así como los morriones, que tiran en alto, y al hacerlo se ve que entre ellos vienen Tapia, Paredes, Penanes, Gabrielillo, José María, Salvador, etc Todos gritan.)

Todos — ¡Viva España!

Julio — (Corriendo hacia ellos.) ¡Vosotros!...

Tapia — ¿Eh, comandante?... ¿Ve usted si es útil dejar en cueros a los enemigos después de matarlos? Este es mi portal de sastre.

Gab. — (Mostrando algunas barbas que recoge del suelo.) Y me parece que yo, como barbero del pueblo, no me he portao mal...

(Tapia y Paredes deben salir formados los dos últimos, y uno detrás de otro con el fin de que se oculten lo mejor posible a la vista del público. Si la figura de estos actores fuera tan marcada que hubiera el temor de que se los pudiera descubrir, para no destruir el efecto final pueden estar en la primera caja derecha, vestidos de Soldados franceses con los fusiles, y aprovechando la confusión en el momento en que todos se descubren, salir a escena.)

ESCENA III

DICHOS, ARACELI y LUISA

Luisa — (Por la lateral izquierda.) ¡Julio, Julio!...

Julio — (Saliendo a su encuentro y abrazándola.) ¡Luisa!...

Arac. ¡No me cabe duda... esto ha sido cosa de Dios!

Tapia Entonces, salúdame como al Padre Eterno.

Par. Sargento, perdóneme usted una digresión.

Tapia Digresiona, muchacho.

Par. No olvidemos que nuestros compañeros están dando su vida por la patria.

Julio Tiene razón. ¡Amigos! A celebrar este triunfo luchando con más tesón que nunca...

Luisa Y si vuelve victorioso...

Julio Si vuelvo, tus brazos serán el premio de mi valor.

Tapia ¡En marcha! (Hacen mutis todos. Julio y Luisa, abrazados, salen los últimos.)

ESCENA FINAL

Al desaparecer Julio y Luisa, CORAL sale casi arrastrándose de detrás de la peña en que estaba oculta y avanza pausadamente hasta el centro de la escena. Allí queda inmóvil, viendo alejarse a los otros personajes, después, con voz ahogada por la emoción, dice:

Coral ¡Por allí va...sus brazos amantes sujetan a la señorica como yo soñé que m'asujetarían a mí!... ¡Pa ella sus caricias, su vía... too!... (Se reclina sobre la peña sollozando.) ¡Pa ti .. ni el placer de vengarte, pobre gitana!... (Ruido lejano de cañón y fusilería. Va cayendo el telón.)

FIN DEL MELODRAMA

COUPLETS PARA REPETIR

—Se casó la de Apaitúa
con un cadete.
—Que ha cumplido hace dos días
los diez y siete.
—Cumple hoy los setenta y uno
la de Apaitúa.
—Como él tiene diez y siete.
—Pues... capicúa.

—

—Don Cirilo valla todas
sus heredades.
—Y su esposa también valla
sus propiedades.
—Porque temen que se vaya
su hija Manuela.
—Y a pesar de tanta valla...
—¡Vaya canela!

Obras del mismo autor

El cuarto de la plancha (1).—Juguete cómico en un acto.

La velada de San Juan (1).—Sainete lírico en un acto, con música del maestro D. José M.ª Alvira.

Viaje de verano (1).—Revista con música del maestro D. Manuel Fernández Caballero.

Día de prueba (1).—Juguete cómico en un acto.

El profesor Zerep ó Música celestial.—Monólogo lírico-parlante, con música del maestro D. Mario Fernández de la Puente.

El semejante á sí mismo (2).—Comedia en tres actos (refundida).

Dormir, es vivir.—Casi monólogo mímico-cómico.

Aire puro (1).—Comedia en un acto.

El ángel bueno.—Drama en un acto.

García del Castañar.—Drama en tres actos (refundición).

¡3.884! (1).—Sainete lírico, con música del maestro Sánchez Jiménez.

¡La vida perra!—Sainete lírico, con música del maestro Valverde.

No sólo de pan vive el hombre.—Comedia en dos actos.

El romano caprichoso.—Apropósito en un acto, con música del maestro Boronat.

La reina gitana.—Melodrama en tres actos, con música del maestro Lleó.

---

(1) En colaboración con D. Fernando Cabello.
(2) Idem con D. Diego San José.

Precio: DOS pesetas